



Entre ánimas, renacimientos, la estrella y la cruz: el cadáver desde una perspectiva religiosa



Luis Miguel Echeverry Quiceno¹
luis-mi-c-q@hotmail.com

Universidad Icesi

Artículo de investigación recibido el 15/03/2018
y aprobado el 23/04/2019

Cómo citar este artículo:

Echeverry-Quiceno (2019). Entre ánimas, renacimientos, la estrella y la cruz: el cadáver desde una perspectiva religiosa. *Trans-Pasando Fronteras*, (14). doi 10.18046/retf.i14.2850

Resumen

La idea central a desarrollar en el siguiente artículo es la concepción del cuerpo difunto y los arreglos que se le hacen cómo una “última conexión” entre los dos mundos, el de los vivos

¹ Antropólogo de la Universidad Icesi

y el de los muertos. Adicionalmente, se analiza cómo las diferentes religiones (Catolicismo, Judaísmo, Budismo y Vudú) han jugado un papel importante en la construcción de esta “última imagen”. La respuesta a esta idea o hipótesis central se expondrá en las reflexiones finales, mostrando cómo algunas personas como el tanatólogo, o grupos como la Jevrá Kadishá (según el tipo de religión), se convierten en intermediadores entre el mundo espiritual y el físico, ayudando en diferentes procesos sociales como el del duelo.

Palabras clave: *Cadáver; Perspectivas corporalidad; Catolicismo; Judaísmo; Budismo; Vudú.*

Among souls of the purgatory, renaissance, the star and the cross: the corpse from a religious perspective



Abstract

The central idea to be developed in the following article is the conception of the deceased body and the arrangements that are made as a “last connection” between the two worlds, alive’s world and death’s world. Additionally, it is analyzed how the different religions (Catholicism, Judaism, Buddhism and Voodoo) have played an important role in the construction of this “last image”. The answer to this idea or central hypothesis will be exposed in the final reflections, showing how some people like the Thanatologist, or groups like the Jevrá Kadishá (according to the type of religion), become intermediaries between the spiritual and the physical world, helping in different social processes like the mourning.

Keywords: *Corpse; Corporality Perspectives; Catholicism; Judaism; Buddhism; Voodoo.*

Introducción

Sus ojos denotaban una tristeza profunda. Por sus mejillas resbalaba un sinfín de lágrimas que, con sus constantes gemidos de dolor componían una oda al desconsuelo. Sus familiares y las personas que habían acudido a aquel recinto sagrado trataban de consolarla y de darle ánimo en esta etapa tan dura. No obstante, poco o nada servían estas palabras, ya que su hijo, su adorado tesoro, se había ido de este plano terrenal y, como algunos afirman, pasaría a una mejor vida. Y es que, con tan sólo ocho años de edad Carlos², se había ido al cielo a rezar con los angelitos, como afirmaba Doña Martha, su madre.

Así, en aquel recinto las personas iban y venían de un lado a otro, salían a fumarse un cigarrillo, tomaban aromáticas cada 5 minutos, pero él seguía ahí, en aquella caja de madera, inmóvil sin mover músculo alguno y con aquella última mirada que el tanatopractor quiso plasmar en su rostro. Aquella expresión que su madre, Doña Martha, deseó que tuviera para que todos los acudientes al funeral pudieran mirarlo, recordarlo, amarlo, y sentirlo por última vez. Sus ojos cerrados, su boca sellada como un cerrojo y sus manos entrecruzadas trataban de presentar aquel ser querido en un sueño profundo, y no en la otra condición sin retorno: la muerte. Era aquella la última imagen que querían tener en su cabeza los acudientes al rito fúnebre, esa misma imagen de cuando estaba en vida aquel muchacho que alguna vez compartió momentos y experiencias con ellos.

² Los nombres de las personas de este relato han sido cambiados por decisión de los entrevistados

Fue en ese instante, en mi condición de antropólogo, cuando me surgió el siguiente cuestionamiento: ¿Cómo es tratado el cuerpo difunto o cadáver en los ritos fúnebres, en etapas como su arreglo en el tanatorio y en su posterior exhibición en la sala de velación? ¿Hay diferencias en cómo el catolicismo trata el cuerpo fallecido, en comparación a una religión cómo la judía, el budismo o el Vudú?

La revisión bibliográfica que hice con anterioridad al desarrollo de este documento escrito me permitió analizar las divergencias existentes en la manera en que la religión católica y la judía tratan a sus muertos. La literata Vivianne Tesone Milhem presenta en su ponencia “*Quien parte y quienes se quedan, Ritos Funerarios y de Duelo Judíos en Bogotá.*” (2008), las medidas tomadas por la comunidad religiosa judía a la hora de tratar a sus difuntos, denotando las diferencias que hay con relación a lo que he podido analizar en los ritos fúnebres católicos. Incluso, esa “última imagen” que se construye en el laboratorio de tanatopraxia difiere en las dos religiones, puesto que los judíos siguen rigurosamente cánones expuestos en su libro sagrado y para el caso católico hay menor austeridad, la preferencias o gustos de los familiares en muchas ocasiones es la que prima.

De igual manera, pude profundizar en otras religiones diferentes a las denominadas “Religiones de libro”. El Budismo, que es considerado un sistema filosófico y una religión, tiene rituales distintos con respecto al tratamiento del cuerpo muerto, en comparación al catolicismo y el judaísmo. Para lograr esta caracterización y el análisis respectivo, hice uso de los textos “*Religión y antropología. Una introducción crítica*” del autor Brian Morris (2009), y “*La muerte y el proceso de morir en el budismo*” elaborado por Yamel Athie Guerra (2013). Así mismo, para generar un contraste más amplio, indagué sobre el Vudú, que es una religión originaria de África occidental (no

prácticas malignas de hechicería como muchos creen) y ejercida en gran parte del territorio haitiano. Para caracterizar esta religión y la forma en cómo trata a los difuntos, implementé también el texto de Brian Morris (2009) y adicionalmente el escrito de Marc E. Prou (2001) denominado *“El significado de la muerte en el Vodou haitiano”*.

De manera paralela, propongo como hipótesis (la cual que espero sea confirmada a lo largo del ensayo) la idea de que el cuerpo del difunto y todos los arreglos que se le hacen tienen la finalidad de establecer una “última conexión” entre los dos mundos, el de los vivos y el de los muertos. Y que en la construcción de esta “última imagen” la religión ha jugado un papel fundamental y ha sido un mediador entre la vida y la muerte. Es por esto que el cuerpo pasa a ser ese elemento fundamental para generar un puente o una conexión material entre los dos planos mencionados. La corporalidad del fallecido, según lo recolectado en las entrevistas con familiares y con tanatólogos, pasa a concebirse como un lienzo en dónde se plasman las expectativas, las ilusiones y las emociones de los allegados de aquel cuerpo, apoyados en lo que en vida fue.

Este conjunto de carne, huesos, tejidos y fluidos que yace sin vida, es ahora la última oportunidad de traer el muerto a la vida (de manera simbólica), tratando de (a través de los diferentes métodos quirúrgicos) darle a este personaje la apariencia de alguien que nunca se fue, que está allí acompañando a sus familiares en un sueño del que tal vez nunca despierte. De esta manera, el fallecido pasa a ser moldeado física y espiritualmente por las reglas o condiciones que algunas religiones como el Judaísmo, el Catolicismo, el Budismo y el Vudú le impongan.

Para finalizar esta introducción, considero que esta temática y esta tesis que he propuesto son pertinentes, puesto que son tópicos que no han sido abordados de manera profunda por parte de otros académicos. Siendo la muerte, a mí parecer, uno de los tópicos más

importantes y relevantes para la sociedad en que nos desenvolvemos. Así, la combinación analítica entre cuerpo, tanatopraxia o tanatoestética y religión ha sido muy poco trabajada por los diferentes investigadores a los que acudí para recolectar información. Además, considero que este tema, que ha sido encasillado en la antropología del cuerpo y de la religión, es de vital importancia para un contexto como el colombiano; pues, cada día se dan fenómenos de éste tipo en cantidades impensadas o inimaginadas.

La religión como mediador entre la vida y la muerte. Una visión desde el catolicismo

Entre llantos, lamentos, suspiros y silencios intermitentes se escuchaba: *“Padre nuestro que estas en los cielos, Santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo...”* ¿Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo? Es un cuestionamiento que he tenido a lo largo de mi carrera como antropólogo. Hay una voluntad supra terrenal y omnipotente, la de un Dios, que está arriba y todo lo ve, lo escucha y lo siente. Es esa voluntad a la que los seres humanos por mucho tiempo hemos tenido que “someternos”. Y digo someternos, ya que al parecer (como lo plantea la religión), las decisiones de ese Dios todopoderoso son la ley y si se va en contra, es un pecado.

El Catolicismo, siguiendo a Juan Carlos Sánchez (2008), es la doctrina de la Iglesia Católica cuya fundación se remonta al siglo I d.C. Es la iglesia cristiana que con mayor número de fieles que giran alrededor de una figura principal: El Papa. A rasgos generales, el autor menciona que el Catolicismo se percibe cómo la única religión fundada por Cristo y su iglesia cómo la única auténtica que predica el amor recíproco y guía a sus seguidores

en el camino espiritual hacia Dios, implementando la Sagrada Biblia cómo una de sus principales herramientas.

Algunos argumentos presentados por Juan Carlos Sánchez en su texto *“Del catafalco al ataúd y a la urna. Cambios significativos en las prácticas funerarias, Bogotá 1910-2007”*, escrito en el 2008, son de gran importancia para visualizar la forma en la cual la religión, en este caso la católica, ha penetrado en los diferentes campos de la vida cotidiana de los colombianos. Así cómo se observa en el párrafo anterior, dónde se evidencia la trascendencia de la religión, católica en este caso, en actividades de la sociedad cómo lo es un velorio.

Según Sánchez (2008), en la primera mitad del siglo XX en Colombia, el cadáver nunca era cremado, ya que los cuerpos (según la doctrina católica más ortodoxa) no debían ser incinerados pues esto afectaría la resurrección posterior en el día del juicio final. Este dato me permite ir esbozando y caracterizando el rol que cumplía la religión católica, y sobre todo la iglesia para aquel entonces. Así, el poder que emanaba esta institución, era gigantesco. Y su influencia traspasaba los límites del templo sagrado y lograba llegar a otros espacios cómo las salas de velación, los cementerios e incluso lugares públicos cómo la morgue.

No obstante, conforme fueron transcurriendo los años, estas prácticas funerarias se fueron transformándose y la influencia latente de las instituciones religiosas, mermando. Es cierto que hoy en día la religión sigue permeando y condicionando las decisiones que se toman con relación al cuerpo fallecido. Empero, concepciones y restricciones tan ortodoxas como lo era la no cremación, se han ido diluyendo y en gran medida las decisiones más personales empiezan a entrar en un primer plano. Incluso, podemos traer a colación un argumento que encaja a la perfección de los autores Renée de la Torre y Cristina Gutiérrez (2013), quienes afirman que

en Latinoamérica se comienzan a vislumbrar transformaciones y reinterpretaciones de muchas tradiciones religiosas que venían del pasado. Así mismo, se da cabida a procesos de hibridación, que permiten ir analizando la manera en cómo los individuos comienzan a coger “retazos” o elementos de diferentes comunidades o prácticas religiosas, para articularlas de acuerdo a sus necesidades. Tal cómo lo evidenciamos ahora con los ritos fúnebres que ya no atienden de manera rigurosa a las reglas católicas ortodoxas y estrictas, sino que los individuos ahora pueden seleccionar lo que sea de su gusto y preferencia.

De esta manera, el cadáver de su familiar o allegado ya no será una fiel réplica a las órdenes del catolicismo, sino que la personalidad de los individuos y los simbolismos provenientes de otras instituciones religiosas como el chamanismo, el curanderismo, las religiones afroamericanas o incluso las indígenas, tendrán peso en la construcción de la corporalidad del difunto. Cómo afirma Sánchez (2008), el cuerpo comenzó a perder el lugar de veneración y fijación que poseía en la primera mitad del siglo XX, debido a que se comienza a ver el cuerpo muerto como problemático (por cuestiones de salubridad e higiene) y, por ende, se le empieza a pagar a especialistas, los tanatopractores, para que se ocupen de este.

Así, el tratamiento del cadáver se traslada a lugares especializados como lo son los laboratorios de tanatopraxia, y las salas de las casas comienzan a despejarse de estos cuerpos fallecidos. Este desplazamiento de los cadáveres atiende también a lo que he dicho con anterioridad: por un lado, esa disminución del catolicismo arraigado; por el otro, las preocupaciones por la higiene y la limpieza de los espacios cotidianos. Todo lo anterior, da como resultado que los difuntos comiencen a denotar cierto

estado de impureza, que es dado en los tanatorios. La religión y sus oraciones son aquellos elementos que pretenden darle sentido a un fenómeno social y biológico como lo es el de la muerte. Y es por esto que me pregunto ¿cuál es la necesidad de hacer misas o llevar a sacerdotes a los velorios o a los entierros?

Pues bien, Enrique (2016), el padre del niño fallecido, nos dio una respuesta que él consideraba era la correcta: *“Mijito, la muerte es algo que se nos sale de las manos... (Suspiro)... Solo mi Diosito tiene la voluntad para decir cuándo nos morimos y cuándo seguimos viviendo. Así como hoy fue mi niño, mañana puedo ser yo o mi señora esposa. Es algo indescifrable. Rezarle a mi Diosito siempre va ser la manera de darle gracias por todo lo bonito que nos ha dado, y si nos morimos, por algo será, como dicen por ahí... El tiempo de Dios es perfecto”*.

A pesar del distanciamiento de la sociedad con la rigurosidad religiosa y sus normatividades, podemos analizar la manera en la que la religión ha sido un bastión y soporte, en el cual los individuos que han sufrido la muerte de un familiar o allegado se han recostado. Siendo las oraciones y plegarias de gran ayuda a los parientes del difunto para que puedan amenizar o “suavizar” un poco lo que se conoce como el Duelo. Pero, ¿Qué es el Duelo? Para esto traigo a colación una definición del autor Robert Hertz (1990), quien cataloga este concepto como un estado duradero y prolongado impuesto a ciertos parientes del muerto, hasta un momento determinado. Además, afirma que es una réplica directa en la persona de los vivos, del propio estado muerto. Es decir, según mi comprensión, es un estado por el cual transcurren las personas que tienen vínculos sociales cercanos con el difunto y que se caracteriza por el dolor intenso y la transferencia del estado “vivo” al mundo de los muertos.

Para ejemplificar lo dicho en el párrafo anterior, el relato de Estella (2016) ayuda en gran medida. Esta niña de 16 años, estudiante de grado décimo comenta lo siguiente: *“Yo a mi primo lo amaba demasiado... Ahora que no está, es como si se sintiera un vacío. Cada vez que iba a su casa jugábamos, pero ahora cuando voy a su casa, miro su cuarto vacío y se me comienzan a salir las lágrimas. Uno se pregunta, ¿Qué pasa si uno hubiera sido el muerto? ¿Cómo estarían los papás de uno?... ¿Si me entiende? Es como tratar de ponerse en lugar de la persona que se murió. Que ya tan solo queda en el recuerdo...”*

La estrella de David cómo constructora del cuerpo difunto

El Judaísmo hace referencia principalmente a la religión tradicional del pueblo Judío. Tesone (2008) afirma que esta religión es la más longeva de las tres religiones monoteístas (Cristianismo, Islam, Judaísmo) cuyo fundador fue Abraham y sus prácticas religiosas son fundamentadas en el libro de la Torá. Una de las características principales, siguiendo a Tesone (2008), que diferencia el Judaísmo de las otras religiones es la creencia en un Dios omnipotente y omnisciente, cómo también es concebida no sólo cómo una religión sino también cómo tradición y cultura.

Colombia, como otros países latinoamericanos, ha estado proclive al ingreso de otros grupos religiosos diferentes al catolicismo. Para esta ocasión, me gustaría traer a colación una religión que es conocida a nivel mundial y que se ha logrado encarnar en los diferentes territorios del continente americano. Esta religión es el judaísmo, cuya existencia en territorio colombiano me hizo cuestionarme acerca de las divergencias que podría llegar a tener con el catolicismo. De manera específica, me interesó ver esas similitudes o diferencias que se podían observar en las prácticas

funerarias y, sobre todo, en la forma en como este par religioso trataba el cuerpo difunto o cadáver.

Entrando en materia, la literata Vivianne Tesone Milhem en la ponencia nombrada “*Quien parte y quienes se quedan, Ritos Funerarios y de Duelo Judíos en Bogotá.*” que presenta para el XII Congreso Latinoamericano de Religión y Etnicidad en el 2008, muestra algunas características esenciales del rito fúnebre judío que me gustaría resaltar. Por un lado, Tesone afirma que para el caso judío:

Las prácticas fúnebres y de duelo están enfocadas no sólo a exaltar y elevar el alma del difunto sino también a ayudar a los deudos en el proceso de separación de una persona querida. Los ritos de duelo por lo tanto no tienen su única base en la muerte sino también en la vida y la continuación de esta después de la tragedia de la muerte de un ser querido. (Tesone, 2008: 1).

Este fragmento me permitió generar un paralelo y un acercamiento entre las dos religiones, ya que, para ambos casos, tanto judíos como católicos, tratan no sólo de focalizarse en el muerto; pues ven en los familiares o allegados, que aún perduran en el plano terrenal y en el mundo de los vivos, una importancia vital para sus ritos fúnebres. Ambas comunidades religiosas consideran de gran relevancia fortalecer esos vínculos de solidaridad y apoyo que se entretienen al ocurrir una tragedia como lo es la muerte. Las relaciones sociales de los vivos y el duelo que estos tienen que llevar a cabo, es algo que ambas religiones añoran solventar.

Sin embargo, y es aquí donde se distancian las religiones, la comunidad judía posee un grupo de voluntarios comunitarios denominado “*Jevrá Kadishá*”, quienes regularmente se encargan de realizar los ritos fúnebres. Cómo afirma Tesone (2008), para el caso judío, cuando una persona fallece los familiares encienden

una vela apenas muere el individuo, recordando de esta manera que el cuerpo difunto ya no tiene alma.

Hay una concepción de que nunca se debe dejar solo el cadáver, función que normalmente cumplen los familiares y en ocasiones los miembros de la Jevrá Kadishá para que el difunto no tramite solo el “viaje” al otro mundo. Otro dato fundamental, para lograr entender el manejo del cadáver en la religión judía, es el momento en que el fallecido llega a la casa. Cuando esto ocurre, lo primero que se debe hacer, siguiendo a Tesone (2008), es colocar el cadáver en el piso para que se encuentre cerca de la tierra, cerrar sus ojos y la boca, y posteriormente cubrirlo con una sábana. Luego, el muerto no debe ser descubierto en público, ya que se considera irrespetuoso mostrar el cadáver. Esto refuerza el argumento que fue mencionado en el párrafo anterior, dónde se afirmaba que los judíos exaltan la vida y no tanto la muerte. Es por esto que se anhela conservar la imagen o el recuerdo de la persona en vida y no tanto en el estado mortífero. El cuerpo exhibido en público también comienza a esbozarse como algo “tabú” o que denota profunda privacidad. El elemento diferencial entre las dos religiones es la ubicación instantánea del cadáver en el suelo, cuestión que es complicada de observar en los rituales católicos.

Un elemento que considero esencial presentar en este documento es el que hace alusión a los ritos de limpieza del cadáver. Con respecto a estos, Tesone (2008) afirma que estos ritos (preliminares al entierro) se inician cuando los miembros de la Jevrá Kadishá encienden una vela y acto seguido despojan al difunto de sus ropajes. Luego de haberle quitado las prendas al fallecido, los integrantes de la Jevrá comienzan a recitar una bendición especial antes de proceder a la limpieza del cuerpo. Éste procedimiento

necesita agua caliente, sumo cuidado y respeto ante el difunto. Aquí deseo resaltar dos elementos clave: por un lado, analizamos la forma en cómo ese “estado de pureza” es buscado y añorado por las dos religiones. El cuerpo del difunto debe estar libre de toda suciedad o impureza que no le permita ingresar al reino de los cielos. Por el otro lado, la participación de los miembros de la Jevrá Kadishá en el proceso de limpieza y de arreglo del difunto, distancia en gran medida la religión judía de la católica, ya que en la primera el trabajo mancomunado entre miembros de la Jevrá y el tanatopractor es algo fundamental y casi obligatorio. En cambio, para el caso católico, el tanatopractor trabaja de manera más aislada, sin otras personas, pero ciñéndose a las peticiones de los familiares o allegados del difunto.

Su hijo no está muerto, su alma se trasladará a otro cuerpo: la muerte y el cadáver desde el budismo

El budismo es una doctrina filosófica y religiosa no teísta, es decir, que no mencionan la creencia en un Dios creador o un Dios absoluto. Tiene su origen en la India y tuvo sus inicios alrededor del siglo V a.C., a partir de las enseñanzas y doctrinas impartidas por su fundador Siddartha Gautama. Tal como lo afirma Morris (2009), el budismo es en esencia un camino de salvación, donde lo que le interesa no es ni un Dios ni el mundo, sino la vida humana, o los seres sensibles en general, y la eliminación del sufrimiento que los aqueja. Esta religión se caracteriza en gran medida por una mayor preocupación hacia la parte espiritual, sin relegar al olvido la corporalidad de la persona. Es por esto que el individuo, según Morris (2009), está compuesto de cinco skandhas o agregados: el cuerpo, los sentimientos, las percepciones, los impulsos y la consciencia. Esto demuestra como en esta religión, el sujeto no es simplemente carne y huesos

o únicamente un pensamiento o una ideología. Es la combinación simbiótica y dialógica entre los dos planos, el material o corporal y el simbólico o espiritual.

En diversas religiones la muerte es vista como algo inevitable, como una tragedia que traerá tristeza y desolación a la sociedad, con más exactitud a los familiares o allegados del difunto. Empero, siguiendo a Morris (2009), para el budismo la muerte es concebida como una continuación de la vida a través de infinitos renacimientos. Sólo la salvación, lograda a través de la autoextinción, le ofrece un alivio al individuo. De lo anterior, podemos analizar cómo, a diferencia de religiones como la católica, el budismo no considera la muerte como algo fatídico y como un evento del cual la persona no tiene retorno. Mientras que para el catolicismo cree que al fallecer un individuo su alma parte al “más allá” y su cuerpo (arreglado con suprema cautela en el laboratorio de tanatopraxia) necesita ser velado por última vez para que descanse en paz eternamente en el cementerio.

En contraste, para el budismo la persona que falleció puede reencarnar en otros seres como humanos, animales u objetos (rocas, plantas, etc.), todo depende de cómo se haya comportado en su existencia terrenal. Así, según esta concepción la vida no acaba con el cese de las funciones vitales del organismo, sino que hay un proceso cíclico de renacimientos en donde la persona podrá trasladar su alma a la corporalidad de otros seres, permitiendo de esta manera amenizar el dolor de los familiares causado por la muerte de un ser querido.

De igual manera, hay otra gran diferencia entre las religiones mencionadas. Para el catolicismo y en gran medida para la sociedad occidental, el cuerpo es un templo que debe ser cuidado con suma rigurosidad tanto en vida como cuando se fallece. La vanidad y los cánones estéticos son dos pilares que predominan y hacen que

el individuo se someta a diferentes procesos (muchos de estos quirúrgicos) para lograr la tan anhelada “belleza”. Incluso, muchos creyentes de esta doctrina religiosa velan en gran medida por la buena estética del cuerpo del difunto y la construcción de una “última imagen bonita” del mismo. Esto anterior se evidencia en las peticiones que se le hacen al tanatopractor, persona encargada de lavar, reconstruir, arreglar, vestir y maquillar a los muertos para una de sus últimas celebraciones, el velorio. En un polo opuesto, la tradición budista, como afirma Guerra (2013), concibe el cuerpo o lu (cuyo significado es “lo que dejamos atrás de nosotros”) como algo transitorio y que no durará para siempre. Es una realidad que forma parte del ciclo natural de la vida.

Y, como fue mencionado arriba, el cuerpo muerto no es visto como algo que debe ser llorado y arreglado con extrema cautela para los ritos fúnebres, ya que se da el fenómeno del renacimiento y el alma se trasladará a otra corporalidad. Los familiares deben ser capaces de afrontar la muerte de un ser querido con tranquilidad, aceptando desde el interior que se encuentran ante un hecho natural que en cualquier momento llegaría. No obstante, siguiendo a Guerra (2013), la meta en esta religión no es seguir renaciendo eternamente, sino que la finalidad última es liberarse de ese ciclo a través de la experimentación del *Nirvana*, es decir, la “Iluminación”. Estas dos realidades, que están permeadas por estas dos perspectivas religiosas y de pensamiento, demuestra como por un lado (catolicismo) se desea que el cuerpo dure en la perennidad y se conserve siempre “bello”, y por el otro (budismo), el cuerpo visto como algo efímero de lo que debemos desapearnos.

Para finalizar este apartado, la autora Yamel describe el rito fúnebre que se lleva a cabo en el budismo y es algo que me gustaría traer a colación. Guerra (2013) comienza a describir

como el lama, quien es la persona encargada de ejecutar estos rituales, empieza a leer el texto “*La autoliberación por las señales*” y hacer los ofrecimientos apropiados para guiar al difunto durante 49 días. Este personaje ordena el cierre de puertas y ventanas para que la conciencia del difunto, (representada como un espíritu, fantasma o alma) no se distraiga y comience a recorrer lugares visitados en vida. Luego, el lama procede a verificar si el individuo ha comenzado a evidenciar síntomas de muerte, detallados claramente en el texto mencionado con anterioridad. Se enumeran señales externas, internas y “secretas” que indican la cercanía de la muerte. Algunas de estas son: la pérdida de brillo en las uñas, el enturbiamiento de los ojos, el pelo en la nuca se pone de punta, el cuerpo emite un olor desagradable, entre otras. La muerte física total se da cuando el lama comprueba que la conciencia del individuo ha abandonado el cuerpo, evidenciado claramente para el lama en la coronilla del individuo.

Con lo anterior, podemos reflexionar acerca de las prioridades budistas al momento de morir. La conciencia o alma, o el campo espiritual en general, tienen prelación sobre el mundo material y corpóreo del individuo. Esto se debe en cierta medida a que la conciencia es lo que durará y lo que después, se trasladará a otros cuerpos, dependiendo del *karma* (ley de causa y efecto- acciones buenas y malas) y los actos en vida.

Sin embargo, como se evidencia en el párrafo anterior, las características físicas no son desechadas, sino que son complementarias a lo espiritual en todo el proceso del rito fúnebre. Esto genera un distanciamiento significativo entre las dos religiones, ya que en la católica es cierto que el alma ocupa un puesto importante, sin embargo, el cuerpo es donde se plasman todas las emociones y añoranzas de los sobrevivientes, y con el cual se construirá el

último recuerdo del ser fallecido. En cambio, en el budismo, como expone Guerra (2013), la conciencia o el alma del individuo es lo que prevalece, ya que el cuerpo es algo transitorio y provisional. Tanto así que en esta doctrina religiosa se tiene la costumbre (en muchas ocasiones) de abandonar el cadáver al aire libre, para que las aves carroñeras devoren el cadáver. Acción que desde una perspectiva occidental sería visto como repulsivo e incluso ofensivo para la memoria del difunto. Cosa que no pasa por la cabeza de los budistas, ya que el cuerpo separado de la conciencia ya no es de utilidad y por esto debe darse en beneficio a otros seres sensibles, en esta ocasión como alimento a estos animales.

Entre ánimas y posesiones: una perspectiva de la muerte y el difunto en el vudú

El vudú (haitiano), como afirma Morris (2009), es una religión popular de los campesinos rurales y los pobres urbanos, que constituyen la mayoría de la población y tienen como lengua principal la criolla. La religión oficial del Estado es la católica, cuyos adeptos en su mayoría pertenecen a la elite con habla francesa, quienes a su vez consideran el vudú como algo desagradable y supersticioso. Esta religión principalmente gira en torno a los espíritus lwa (Loa), y está cimentada esencialmente en un sistema animista, complementado por un fuerte componente mágico.

Con respecto a las concepciones en torno a la muerte y el tratamiento del cadáver, según Prou (2001), la religión Vudú presenta un gran número de rituales alrededor de este fenómeno, que tratan de explicarle a sus creyentes y al público en general, que la muerte no significa el cese del ser, sino el comienzo de uno nuevo. Así mismo, Prou (2001) explica que el objetivo final de la

muerte es la metamorfosis de un individuo humano en energía pura, y esto se logra materializar por medio de la posesión que el fallecido (o más bien su espíritu) efectúa, uniéndose nuevamente con el mundo de los vivos. Esta posesión le permite al espíritu retornar a un cuerpo humano, poniendo en evidencia que la extinción de los signos vitales en un ser humano no significa la muerte en este sistema de creencias religiosas. Para los creyentes del Vudú, la muerte va más allá de los límites temporales del cuerpo, no se puede analizar cómo el momento en que finaliza la “carne”, sino más bien como el instante en que todos los momentos espirituales encuentran su propio destino (Prou, 2001).

Lo anterior permite leer la manera en que se distancia la religión Vudú de la católica, haciendo evidente que (como en el budismo) lo que cobra importancia es lo espiritual y no tanto lo material o corporal. Así, tanto para la religión de origen africano como para la engendrada en India, la muerte no hace alusión al cese de las funciones fisiológicas, sino que ésta trasciende hacia el campo espiritual y existe la posibilidad de que el difunto traslade su alma al cuerpo de otros individuos o seres vivos (renacimiento en el budismo y posesión en el vudú).

El cuerpo de un ser humano es como un “estuche” dónde se encuentra lo que realmente interesa, el alma o espíritu. Y, por ende, el organismo de una persona es considerado como algo efímero y transitorio, algo que con el paso del tiempo se extinguirá. Como veremos más adelante, el cadáver no es objetivo de ostentosos y excesivos arreglos para los ritos fúnebres, puesto que el alma (invisible a los ojos humanos) es lo prioritario y la real esencia de la persona. En el opuesto se encuentra el catolicismo y el mundo occidental, donde el cuerpo de un individuo es objetivo de diversos arreglos y metamorfosis para lograr acoplarse a lineamientos

estéticos generales, tanto en vida como cuando se muere. Dejar esa última imagen bonita visible ante los ojos de los sobrevivientes es considerado como algo fundamental para esta religión.

Para finalizar, Prou (2001) trae a colación el ritual *Desounen* que es considerado como uno de los rituales fúnebres más importantes, ya que es el encargado de separar el espíritu de la carne, desconectar el gwo-bon-ange (“gran buen ángel”-decisión y deseo) del met-tet (dueño de la cabeza) y el cuerpo físico. Esta desvinculación es considerada en el Vudú como un segundo nacimiento. Posteriormente, el alma o espíritu del difunto es depositada en una vasija la cual será la protagonista de diferentes ritos en torno a la muerte. Es a través del ejemplo anterior que se puede ver una vez más la importancia que se le brinda a la parte espiritual, dejando lo corpóreo como algo complementario.

Reflexiones finales

El cuerpo difunto es algo que desde tiempo atrás ha interesado a las diferentes religiones. No obstante, cada una de estas comunidades tiene sus ritos o prácticas específicas para el tratamiento de sus fallecidos. Para el propósito de este trabajo se emplearon en concreto cuatro religiones: la católica, la judía, el budismo y el Vudú. Si bien hay muchas similitudes que las acercan (a la católica y la judía), como por ejemplo el apoyo a los vivos, el estado de pureza o limpieza del cuerpo y la creencia de la resurrección en un futuro; hay otros elementos que las distancian en gran medida. A mi parecer, y uno de los contrastes más relevantes, es la incorporación de los miembros de la Jevrá Kadishá en las diferentes etapas del rito funerario y, sobre todo, en el arreglo del difunto para su posterior velación y entierro.

El saber experto del tanatopractor se comienza a entrelazar, combinar y, en gran medida, condicionar con las diferentes creencias religiosas judías y por las normas impuestas del grupo comunitario. En contraposición, la comunidad católica y sus “líderes” se apartan en gran medida de lugares como el laboratorio de tanatopraxia, ya que lo consideran como un lugar “sucio” o “impuro”, del cual la religión debe apartarse y distanciarse. En trabajos futuros, ahondaré y detallaré en mayor medida estas diferencias y semejanzas, para que así poder establecer un bosquejo comparativo de cada una de las formas en que dos religiones tan famosas tratan el cadáver.

Otra gran divergencia entre las religiones es que, por un lado, la católica y la judía (en menor medida) le dan prioridad al cuerpo y a lo material (visible) en los diferentes ritos fúnebres. A diferencia de religiones como el budismo y el Vudú, en las cuales se le da preeminencia a la parte espiritual del difunto. La corporalidad del sujeto se considera como algo efímero y transitorio, algo que no durará en la perennidad. Además, en estas dos religiones se presenta la creencia en el traslado del alma o espíritu del difunto a otros seres vivos, el renacimiento para los budistas y en el Vudú se conoce como la posesión.

Bibliografía

“Doña Martha” (2016, septiembre 20). *Entrevista a madre de niño fallecido* [Comunicación personal]

“Enrique” (2016, septiembre 20). *Entrevista a padre de niño fallecido* [Comunicación personal]

“Estella” (2016, septiembre 27). *Entrevista a prima de niño fallecido* [Comunicación personal]

De la Torre, R. & Gutiérrez, C. (2013). *Variaciones y apropiaciones latinoamericanas del New Age*. México: Publicaciones de la Casa Chata. P.p. 13-46.

Guerrero, Y. (2013). *La muerte y el proceso de morir en el budismo* (Tesis de maestría). Instituto de Ciencias de las Religiones-Universidad Complutense de Madrid. Madrid, España. Recuperado de: <http://eprints.ucm.es/29853/1/EPRINT.%20UCM.%20LA%20MUERTE%20Y%20EL%20PROCESO%20DE%20MORIR%20EN%20EL%20BUDISMO.pdf> (Fecha de consulta: 5/05/2017)

Hertz, R. (1990). “Contribución a un estudio sobre la representación colectiva de la muerte”, en *La muerte y la mano derecha*. Madrid: Alianza Editorial, pp. 15-54.

Morris, B. (2009). *Religión y antropología. Una introducción crítica*. Madrid, España: Ediciones Akal S.A.

Prou, M. (2001). El significado de la muerte en el Vodou Haitiano. *Revista Del Caribe*, (36), 36-42.

Sánchez, J.C. (2008). *Del catafalco al ataúd y a la urna: cambios significativos en las prácticas funerarias*. Bogotá, Colombia: Ediciones Uniandes.

Tesone, V. (Julio, 2008). Quien parte y quienes se quedan, Ritos funerarios y de duelo Judíos en Bogotá. En *Memorias del XII Congreso Latinoamericano de Religión y Etnicidad, Bogotá, Universidad del Rosario*.